

AIRE DE PONIENTE

MALÉN ÁLVAREZ

*A mi madre, que superó mil obstáculos
para llegar hasta aquí con la alegría intacta.*

El sol ya no es una naranja, ni una bola de fuego, son las siete y media de la tarde y no tiene la rotundidad que alcanza en los meses de verano.

Ahora es octubre, mediados, y la tarde también va mediada. Ahora el sol es como una gota de ámbar cercana al agua, pero todavía suspendida en el aire, del mismo color que la cúpula de la catedral que alcanzo a ver, aunque empieza ya a desdibujarse. No sé cómo hemos llegado a este punto Charo y yo, no sé cuándo hemos alcanzado el grado de confianza para contarnos nuestras vidas sin habernos visto nunca.

Yo quería dar un paseo, y las gaviotas rondaban las bolsas de los pocos que estábamos en la playa: las empujaban con sus largos picos, rebuscando. Ha sido entonces cuando le he preguntado a una señora de pelo gris, muy corto, si podía dejar mis cosas al lado de su silla.

He caminado hacia Cortadura sin alejarme demasiado tiempo, por no abusar. A la vuelta aún he aprovechado para bañarme en este mar de otoño. Ella seguía sentada, y acababa de cerrar la sombrilla. Gracias, le he dicho, y me he presentado. Me ha mirado, ha sonreído, y ha dicho su nombre. Luego preguntó si estaba de vacaciones. No había nada que nos uniera, así que hemos hablamos del tiempo, de lo calurosos que siguen siendo los días, y de cómo han cambiado las noches que van llegando antes.

Hablábamos cómplices de la luz del sur: “qué tristeza me entra con la lluvia”, y esas palabras le dieron la entrada para contarme algo de su vida.

De una hija que lleva en Irlanda algunos años: “me fui con ella antes de que naciera su niña, a ayudarla, estaba allí sola, el marido también extranjero, búlgaro, y sin nadie allí, así que me fui, pero la niña vino antes de tiempo, y me tuve que quedar cinco meses más de lo que pensaba, porque era muy chiquitilla y nació con problemas, ¿sabe?, y no podía dejarlas solas”.

Y desgranaba lentamente, bajando un poco la voz, que cada día llovía sin tregua, y que miraba fuera, y todo era verde, y al día siguiente igual, y los días eran verdes, y el agua, y las veredas. Y que el verde acabó empapando las piedras, cubriéndolas de musgo, ocupando las aceras, y tiñendo la luz... y hasta los suspiros que se le escapaban. Entonces empezó a echarle raíces, por todo el cuerpo, una tristeza vegetal que no era capaz de quitarse ni abriendo las ventanas. “Pero yo no decía nada, porque cómo iba a dejar a mis niñas allí solitas y al padre, que se pasaba todo el día fuera trabajando”. Y con la voz más baja aún, como quien habla de una debilidad o un desliz, seguía contando que el paisaje le quitaba las ganas de vivir, “porque mira que es bonito, pero yo pensaba en mi casita con los balcones, y en la luz blanca y ancha, la que entra sin miedo desde bien temprano”.

Se le notaba en los gestos que seguía sin entender qué pudo pasarle. Interrumpía de vez en cuando su historia, y sonreía diciendo que qué estaría pensando de ella, pero sin importarle mucho y continuaba:

“Así que acabé yo como los días, triste y sin fuerzas ni ganas, y mi hija me decía “pero, ¿qué te pasa?” Porque ella allí está bien, así que cómo iba a entender que me estaba poniendo mustia, como una maceta a la que solo le echan agua, pero que no tiene sol, y a la que le llega la luz emborronada, a base de luchar con tanta nube”.

El médico lo vio enseguida, y me dijo, “tiene que irse”.

Y en ese momento se callaba, se callaba de tristeza, porque para ella fue un fracaso tener que volverse. Pero no podía, y repetía otra vez lo de tanta agua y todo tan verde.

“Y eso que aquí estoy sola, vivo sola —desde que falta mi marido— en una casa grande, demasiado para mí. Con muchas habitaciones ahora vacías, pero cuando voy por el pasillo voy abriendo las puertas de cada cuarto, y canto cuando entro, cambio cosas de sitio, me miro en los espejos de los armarios, —¿para qué sirve un espejo que no refleja nada?—, o me acuesto en alguna cama distinta a la mía por lo mismo, —¿qué son unas sábanas sin el calor de un cuerpo?—, porque las casas que no se viven se mueren, se vuelven pesarasos y acaban por robarte hasta el aliento, así que yo me digo: “Charito, hoy excursión”. Pero los días que me entra la pena verde, esa pena mojada y húmeda, ese día me echo a la calle, no vaya a ser...”.

Se quedaba contemplando el mar cuando hacía una pausa, luego me miraba y sonreía: “pero me las apaño”.

Y ahora sí, hilvana la historia que acaba de contarme con la de aquí, la cotidiana, la de la azotea soleada, la de las tardes en la playa hasta que el tiempo lo permite: “solo por ver esto, por respirar este aire, por hundir los pies en la arena”. Y nos damos cuenta en ese momento de que el agua está muy cerca, ha subido silenciosa porque hay calma chicha. En la playa casi no queda gente, el cielo va palideciendo.

“La vida de aquí es otra”.

Además, para completar una jubilación bajita tiene estudiantes en casa, no todo el año, solo algunos meses, pero es una ayuda “y así vuelvo a tener la casa con jaleo, y les hablo despacito para que me entiendan, porque se hacen unos líos al principio... Y me pongo en el balcón a ver si llegan bien por la noche, que no les pase nada, por Dios; es que tienen muy lejos a la familia, y yo intento que no lo noten”.

Habla despacio con la voz bien templada, no tiene en el tono la tristeza de antes, además sonrío a menudo: “no me puedo quejar”, me dice. Yo sé que lo que la ha empujado a hablar es la soledad. No sabíamos nada una de otra, pero esta tarde nuestro intercambio de palabras, de risas, de silencios, nos ha permitido recordar juntas aquel invierno que la dejó marcada, y la asomó a una depresión que no entendía.

Somos dos mujeres desconocidas, una al lado de otra. Nos reímos porque no deja de tener cierta gracia estos momentos compartidos, con el convencimiento de que no vamos a juzgar, o criticar. Con el alivio sanador que da el dejar que salga la amargura. “Lo que estarás pensando de mí, una loca que se me acercó en la playa y me contó su vida”. Y mientras me río con ella veo que ha pasado del usted al tú, porque yo también le he contado que penas hemos tenido todos. Lo que pasa es que la mayoría no sabemos de qué color son, pero no se lo he dicho.

Me agarra del brazo y me dice, “qué alegría esto ¿verdad?”, y entiendo que esto es todo, el sol que casi toca el agua, y que se pondrá rojo como por ensalmo, la arena oscura en la que nuestros pies han desaparecido, el olor indefinible a caracolas, a salitre, a algas, a mar de siglos, a viento de poniente que no pesa.

“Y el caso —me dice—, es que estando ya aquí, a la vuelta de aquel viaje, un día me di cuenta de que el verde ya no me daba miedo, de que también estaba por estas calles, lo que pasa es que el de aquí no mojaba. Como si fueras mi hermana te lo cuento, que dirás que estoy loca, pues fíjate, cuando se lo dije al médico me dijo que ya estaba curada”. Y la sonrisa le inunda la cara.

A Charo le cabe, de golpe, todo el mar en los ojos. Y su mirada verde, contempla tranquila cómo se pone el sol.